

EL ORZAN

DIARIO INDEPENDIENTE DE LA CORUÑA

escrito por todos los exredactores y excolaboradores

DE

EL NOROESTE

Redacción y Administración:

Plaza de María Pita, núm. 7

PRECIOS DE SUSCRIPCION

La Coruña: Un mes, una peseta veinticinco céntimos.—Provincias: Trimestre, cuatro pesetas.—Países comprendidos en la Unión Postal: Trimestre, nueve pesetas

Viuda de H. Hervada

CORUNA

Cantón Grande, núm. 8

MUEBLES, INSTALACIONES COMPLETAS DE LUJO Y ECONÓMICAS DE TODA CLASE DE HABITACIONES

REAL, NÚM 14.—Almacén al por mayor

REAL, NÚM. 77.—Bazar del Siglo XIX.

CHALLENGE

MOTORES desde 1 a 12 H. P.

DE CUATRO TIEMPOS

ALTA TENSION

MARCHA LENTA

MAGNETO DE ENGRANES

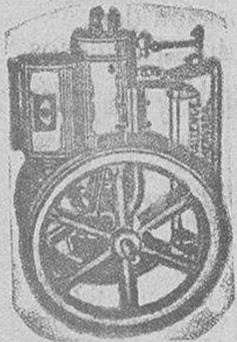
MECANISMO SENCILLO

CONJUNTO FUERTE

POCO CONSUMO

Los motores

CHALLENGE



forman un solo cuerpo con los depósitos y se refrescan con unos diez litros de agua.

Pesetas 1.943

Cuesta un equipo completo de un motor Challenge 5 caballos. Diez metros de correa de 8 cm ancho y una trilladora de trigo y centeno de dejar la paja entera, graduación por husos, tambor, tambor cerrado de 180 cm ancho. Las aventadoras DANUBIO son las mejores Maquinas agrícolas; Arados Brabant, 4, &.

Piedras francesas para molinos

—DE—

Laferté y Dordogne



Ferretería.—Quincalla.—Acero.—Zinc.—Plomo.—Estiércol.—Vidrio.—Loza.—Sulfato de cobre.—Super-Fosfato de cal.—Hules etcétera.

Agustín Fernández Moretón

Almacenes de Ferretería y Quincalla

La Coruña.

Vigo.

Piedras para molino de La Ferté y Dordogne, garantizadas. Hules y Linoleum. Muebles. Productos SOYSOL para la limpieza de los metales y el calzado.

FABRICA DE JERCONES Y CATRES METALICOS

70—ORZAN—70. (Frente al Pórtico de San Andrés)

Compañía Trasatlántica

AVISO

Por haber retrasado su salida de la Habana, el vapor ALFONSO XIII, que debía zarpar de este puerto con dicho destino el 21 del presente mes, no podrá efectuarlo hasta fines del mismo.

Lo que se hace saber a los señores pasajeros que tienen reservadas plazas en el mismo.

Wonemburger

Fundición y talleres mecánicos

Reparación de toda clase de buques.

Maquinaria agrícola.

Hospital, 36. — La Coruña



74 FOLLETON DE "EL ORZAN".

La cuerda al cuello

POR

Emilio Gaboriau

El amor de la madre ahogó el resentimiento de la mujer.

Sin la sombra de una vacilación, y como si nada hubiese ocurrido, madama de Boiscoran repitió el relato de Santiago a Mr. Magloire.

El marqués parecía un hombre aturdido a consecuencia de un golpe.

—¡Es inaudito!—repitió.

Y cuando su mujer hubo acabado.

—He ahí—repuso—por qué Santiago se exaltó tanto cuando le hablasteis de invitar a madama de Claudieuse, y por qué os dijo que si la veía entrar por una puerta, saldría él por otra... Nosotros no comprendíamos aquella antipatía.

—¡Ay! No era antipatía. Santiago no hacía de ese modo más que servir el prudente disimulo de madama de Claudieuse.

En menos de un minuto reveló el rostro de Mr. de Boiscoran las resoluciones más opuestas. Vaciló, y por fin,

—Haré todo lo que sea posible para reparar mi inacción—dijo—Iré a Salva-

rierra. Es preciso que Santiago se salve. Mr. de Margeril es muy poderoso; vé-

le, os lo permito, os lo ruego.

Dos lágrimas ardientes, las primeras desde el principio de esta escena, saltaron de los ojos de la marquesa.

—No comprendes, pues—dijo—que lo que me pedís es ahora imposible...

¡Todo, sí, todo en el mundo, excepto eso!... Pero Santiago y yo somos inocentes: Dios tendrá piedad de nosotros; monsieur Folgat nos salvará.

XIX

Mr. Folgat estaba ya manos a la obra. Confianza en su causa, convicción en la inocencia de Santiago, atractivo de lo desconocido, fiebre de lucha, incertidumbre del resultado, codicia de éxito, interés, pasión, todo se reunía para exaltar el genio del joven abogado y estimular su actividad.

Y por encima de todo, cerníase misterioso e indefinible el sentimiento que le inspiraba la señorita de Chandoré.

Como todo el mundo, había sufrido la influencia de su encanto.

No era amor, pues amor es esperanza, y él sabía bien que Dionisia pertenecía a Santiago para siempre y por completo; era un sentimiento poderoso y dulce, que le hacía desear consagrarse a ella y ambicionar una significación, una parte en su vida y en su felicidad.

Apenas llegado a la estación, había

dejado a la marquesa de Boiscoran encargada al anciano Antonio, y saltando a un carruaje, habíase hecho conducir a su casa.

Había dirigido la vispera un despacho a su criado, y éste le aguardaba ya.

En menos de un segundo cambió de traje.

Y volviendo a subir al coche, partió en busca del hombre más apto, a su juicio, para esclarecer aquella tenebrosa intriga.

Era un tal Goudar, que tenía en la prefectura de policía funciones poco definidas, pero bastante bien retribuidas para gozar de cierta comodidad.

Era uno de esos agentes especiales que la policía reserva para las operaciones delicadas y las expediciones escabrosas, en las cuales se necesita a la vez tacto y olfato, una intrepidez a toda prueba y una imperturbable sangre fría.

Mr. Folgat había tenido ocasión de conocerle y de apreciar su valía durante el proceso de la Sociedad de Descuentos Mutuos.

Lanzado sobre las huellas del gerente, que había huido dejando un déficit de varios millones. Goudar lo había alcanzado y detenido en el Canadá, después de tres meses de una carrera desenfrenada a través de América.

Pero el día de su prisión, el gerente no llevaba consigo, en su cartera y en sus maletas, más que cuarenta y tres mil francos.

¿Qué había sido de los millones? Cuando se interrogó a aquel hombre, contestó que habían sido disipados; que había jugado a la Bolsa y había perdido.

Todo el mundo le creyó, menos Goudar.

Estimulado por el cebo de una recompensa magnífica, púsose de nuevo en campaña y consiguió, en menos de seis semanas, encontrar un millón seiscientos mil francos, que habían sido depositados en Londres en casa de una mujer de costumbres equívocas.

La historia, por lo demás, era bien conocida.

Lo que se ignoraba era el genio de investigación, la fertilidad de recursos y expedientes que había debido emplear Goudar para obtener tamaño resultado.

Pero Mr. Folgat lo sabía exactamente, porque había sido consejero y abogado de los accionistas de la Sociedad de Descuentos Mutuos.

Y se había prometido que si alguna vez se le presentaba ocasión, recurriría a aquel hombre tan hábil.

Goudar, que era casado y padre de familia, vivía muy lejos, en la calle de Versalles, cerca de las fortificaciones.

Ocupaba por completo una casita de su propiedad, verdadero retiro de sabio, con su jardinito, en el cual cultivaba plantas y frutos admirables y cuidaba toda clase de animales.

Es un hecho digno de observarse,

que todos esos hombres de policía que remueven durante el día las podredumbres sociales, adoran el campo, y disgustados sin duda de los hombres, aman con pasión a los animales y las flores.

Cuando Mr. Folgat bajó del carruaje ante aquella agradable vivienda, una mujer de veinticinco a veintiseis años, deslumbrante de belleza, de juventud y de frescura, jugaba en el jardinillo, con una niña de tres o cuatro años, rubia y sonrosada.

—¿Mr. Goudar, señora? preguntó Mr. Folgat después de haber saludado.

La joven se ruborizó ligeramente, y con modestia, pero sin cortarse,

—Mi marido, caballero—respondió con voz de timbre admirable—está en el jardín, y le encontraréis siguiendo esta alameda, a la izquierda.

Habiendo seguido la indicación, el abogado, no tardó en descubrir a su hombre.

Cubierta la cabeza con un viejo sombrero de paja, con zapatillas y en mangas de camisa, con un mandil azul como los que usan los jardineros, Goudar había trepado a una escalera de mano y se ocupaba en depositar en una banasta de mimbre las soberbias uvas de su emparado.

Al oír crujir la arena, volvió la cabeza, y al punto.

—¡Calle!—dijo—¡Mr. Folgat en mi casa! Buenos días, señor